

Me asociáis á un recuerdo de vuestra historia
al grabar en «El Tigre» mi humilde nombre,
y estoy tan orgulloso que, no os asombre,
nada estimo como ese girón de gloria.

A ser agradecido mi fé me obliga,
y por eso desde estos remotos mares,
y olvidado un momento de mis pesares
pido que el justo cielo siempre os bendiga.

y os envíe á torrentes ventura y calma,
y de dicha y de bienes todo el tesoro
y con él, tierra hermosa, que tanto adoro,
el más puro homenaje va de mi alma.

EL MARQUÉS DE AHUMADA

Habana, 1897.

LO INSUPERABLE

Si la importancia de los hechos ha de medirse, como parece justo, no sólo por los éxitos, sino también y muy principalmente por los recursos materiales con que aquéllos se realizaron, bien puede Santa Cruz de Tenerife envanecerse al celebrar el centenario de su heroica defensa contra una poderosa escuadra regida por el que había de ser el más insigne de los almirantes de Inglaterra.

La división de Nelson destacada del grueso de la escuadra que acudió a Jerwis, estimulada con los frescos laureles recientemente recogidos sobre el cabo de San Vicente, poseída de la embriaguez que produce el triunfo, regida por un hombre que á sus talentos naturales unía el afán de gloria que habían de justificar posteriores proezas, componíase de nueve buques, cuatro de ellos navíos, armados con 393 cañones, con los que suponía su Jefe que era fácil empresa reducir al silencio los 90 que podrían reunirse entre todos los fuertes de la plaza y que teniendo á su favor la diferencia de 300, siquiera fuesen instalados sobre base flotante é insegura, bien podía permitirse la arrogancia de intimar desde luego y sin más ceremonia la entrega de la plaza, la de los buques fondeados en la rada y la de sus valiosos cargamentos.

Sin duda cuando Nelson escribía, á bordo del *Teseo*, en la madrugada del 20 de Julio de 1797, las instrucciones que habían de observar sus capitanes para el desembarco en Tenerife y las sencillas condiciones con que se había de intimar la rendición en el preciso término de media hora, no debía pensar que aquella mano y aquel brazo que movían su pluma en el silencio de su cámara, habían de quedar en aquel trance desprendidas para siempre del tronco y que el día 25 habría menester de extraña mano para dar cuenta á su gobierno del triste resultado de su empresa y encabezar la relación de los heridos con estas elocuentes y sencillas palabras:

«Horacio Nelson Contraalmirante—un brazo menos».

Era precisamente el brazo con que había escrito poco antes las condiciones de una rendición que no había de verificarse, porque no había contado con que los intimados á rendirse eran canarios y españoles.

Seguramente cuando escribía á su Jefe el almirante Jerwis que, fracasado su primer intento, consideraba necesario por honor de su Rey apoderarse de la plaza de Santa Cruz para que los españoles se convencieran de que no había obstáculo que fuese insuperable para los ingleses, estaba lejos de creer que ese obstáculo hasta entonces desconocido se encontraba á su vista y que, si en todo el mundo no había hallado todavía nada que fuera insuperable, estaba próximo á encontrarlo en aquel formidable peñasco que elevándose desde el profundo seno del Atlántico hasta tocar el cielo con su cúspide, más alta que las nubes, sustentaba la bandera española y daba vida cerca de sus playas al heroico pueblo de Santa Cruz de Tenerife.

Cien años han pasado: la paz reina hace muchos entre las dos naciones: el mundo entero se impregna y se satura de esas corrientes fraternales que tienden á ahogar, siquiera sea lentamente, los estruendos y horrores de la guerra con los cantos de paz y de armonía que inclinan el deseo á la fraternidad universal, y ya que hoy recordemos con orgullo nuestros blasones adornados con los fascinadores atavíos de la gloria guerrera, recordemos también que, con ocasión de ella, se realizaron actos caballerescos en extremo, de esos que en medio del estrago permiten á la vez ennoblecer la misma guerra.

Nelson que no desconocía el heroico valor de los españoles, demostró hasta con actos personales que también poseía el necesario para luchar con ellos.

El General Gutiérrez, que pudo hacer prisioneros á los 675 ingleses que habían quedado vivos de los 1346 que llegaron á tierra, se mostró generoso concediéndoles el reembolso sin otras condiciones que las de no hacer armas contra ninguna población del archipiéago y hasta les obsequió con víveres de que se hallaban muy necesitados.

El almirante Nelson, apreciador de aquella generosa acción de su enemigo, escribió al general una expresiva carta de agradecimiento y se ofreció á llevar con su misma escuadra al gobierno español la noticia oficial del fracaso de su intentada empresa.

El General Gutiérrez haciendo honor y demostrando plena confianza en la caballerosa oferta del Almirante su enemigo, confió á su hidalguía los partes oficiales en que daba cuenta al Gobierno español del triunfo alcanzado sobre la escuadra portadora de sus propios despachos.

Cien años después de la victoria, hagamos la justicia de ensalzar el heroico valor con que lucharon